

Amor de hijo

Una mano sarmentosa, cubierta de sabañones, se posó en mi antebrazo; casi me mata del susto.

—Ha venido a verme mi hijo.

Apenas visibles, enterrados en las bolsas purpúreas de los párpados, los ojos de Lola la Pelos parecían enfocar con mayor intensidad que de costumbre.

—Ha venido a verme mi hijo —repitió con voz de vino barato.

En realidad me había pillado en un mal momento para lanzarme ese bombazo tan inesperado. Plantada en el portal, acababa de llegar cargadísima del súper de la esquina y luchaba por rescatar las llaves de las profundidades del bolso.

—Esa es una buena noticia, ¿no?

—Me buscó y me encontró, mi hijo.

—Bueno, luego me lo cuentas mejor, ¿vale?

Por fin habían aparecido, las condenadas. Abrí la puerta del viejo inmueble y subí como pude las bolsas de plástico al segundo piso. Me había mudado al centro hacía cuatro meses, justo después de la separación. Elegí esa zona porque podía ir andando hasta la Delegación de Hacienda. Consideré que, después de cinco años de madrugones inclementes y de agobios humanos en el tren de cercanías, merecía el grandísimo lujo de llegar al trabajo dando un paseo. Además, en aquel momento, era lo único que tenía claro.

El barrio es muy animado, nada que ver con los anónimos bloques de viviendas en los que Luis y yo descubrimos el tedio absoluto de nuestra vida en común. Tiene gracia que la gente piense que, detrás de un matrimonio roto, debe haber una fulana o un maromo con dinero. Hasta Luis no pudo entender que la razón de nuestro fracaso fue, sencillamente, la falta de amor. Pero no solo Luis: como si fuéramos los protagonistas de un novelón sentimental, nuestro círculo de amigos me retiró el saludo, repudiándome

como una apestada, cerrando filas en torno al pobre hombre despechado.

A pesar de todo, no me arrepiento. No podía soportar por más tiempo aquel teatro cotidiano, la insensatez de seguir avanzando hacia ninguna parte, el absurdo de continuar ese cuento ficticio. Al llegar a mi pisito de alquiler y sentir el bullicio de la ciudad, fue como si se me abriera el cielo, aunque he de reconocer que solo he encontrado otro tipo de soledades. A mi alrededor se mezclan inmigrantes hacinados en cuchitriles, que van y vienen, nunca los mismos, pero todos tan parecidos, estudiantes alocados que me ven como una carroza biempensante sin el más mínimo interés, matrimonios ancianos anclados en su pasado de barrio blanco, tan desconfiados como si acabasen de llegar del pueblo.

Y durmiendo entre cartones en el escaparate interior de la cristalería junto a mi casa, Lola la Pelos. Durante el día se pasea con su carrito rebosante de cachivaches por las estrechas calles del barrio y, al caer la noche, monta el campamento en su refugio, rodeada de reflejos titilantes, siempre con su inseparable brik de tintorro. Confieso que, en un primer momento, me consoló la constatación de que existían personas cuya situación no podía ni compararse con mi relativa desdicha. Pero también me sentí turbada por un sentimiento confuso: en algún momento de mi vida, yo podría estar en su lugar. Nunca se sabe.

Intenté relacionarme con mis compañeros de trabajo. A pesar de llevar juntos desde hace años, podría decirse que, fuera del ámbito laboral, éramos unos desconocidos. El caso es que las copas tras nuestra jornada diaria terminaban pronto: quien más y quien menos tenía a alguien que le esperaba en casa. No había nada de extraño en ello. Hasta hace bien poco, yo también pertenecía a ese club.

Un día, en mi pequeño hogar, me encontraba yo enfrentándome a un problema nuevo para mí: la incapacidad de cocinar para una persona sola. Es realmente difícil, sobre todo si estás acostumbrada a guisar para más de un comensal, adaptar tus recetas de toda la vida a unas cantidades que no te fuercen a estar comiendo lentejas durante una semana. Siempre me

sobra comida, y a mí me horroriza tirar alimentos a la basura. «Y por qué no», pensé, «Lola la Pelos».

Entonces descubrí una calidez inesperada en mi entorno aparentemente hostil. Lola la Pelos recibía con inmenso agrado las tarteras con viandas calentitas que yo le bajaba de cuando en cuando, y hasta nos dábamos unas charletas, un tanto delirantes, que nos reconfortaban a ambas.

—Sabes, yo tengo mucho dinero y una casa con garaje.

La locura es un plano inalcanzable para los que nos consideramos cuerdos. Tocamos la realidad, las formas visibles son evidentes a nuestros ojos, el sabor de lo que nos rodea es neto y definido. Por eso nos es incomprendible que la mente sea incapaz de aprehender los datos fiables y ciertos que nos suministran los sentidos y se empeñe en construir sus universos paralelos, se empecine en mentirnos. Aquella mujer me contaba historias de una familia imaginaria, de una vida absolutamente normal y corriente, incluso pudiente y, al mismo tiempo, se mostraba dócil con la existencia que llevaba, sin atisbo de añoranza por un carrusel que solo bailaba en su imaginación.

—Mi hijo, que es muy guapo y listísimo, oye, tiene nueve años.

Aun ignorando la edad exacta de Lola la Pelos, parecía imposible que aquel niño tuviera la edad que ella le adjudicaba. Pensé que la esquizofrenia le habría sobrevenido cuando el hipotético «hijo» todavía era un chaval. Aunque quizá podría haber algo de verdad en sus desvaríos. No es la primera vez que aparecen noticias en la prensa de algún pobre desdichado que muere olvidado en una casucha atestada de desperdicios y después se descubre que solía ser un magnate de la bolsa, forrado de dinero, que fue arrebatado de su cómodo abrigo por el vendaval irracional de la insania.

En esos momentos, me volvía a recorrer el escalofrío del destino incierto de los seres humanos: un día te sientes seguro, arropado por el cariño de tus allegados y con tus necesidades cubiertas, y al día siguiente te arrojan de cabeza al pozo del infierno. Con todo, eran mejores estas

conversaciones que los murmullos inarticulados del alcohol; entonces, en su rostro congestionado y abullonado asomaba todo el patetismo del abandono.

Tras colocar la compra en sus respectivos armarios y cajones, me tomé un café cargado y cavilé acerca de la visita del hijo de Lola la Pelos. ¿Cabría la posibilidad de que, de nuevo, se lo estuviese inventando todo? No, su voz era firme y, de algún modo, lúcida. ¿Y por qué no iba a ser cierto? Mi madre no reside en esta ciudad, apenas la veo, pero sé dónde ubicarla. Aunque no anhele vivir físicamente con ella, es una presencia constante y tranquilizadora, la mujer que me dio el ser y me cuidó más allá de cualquier razón. Puedo entender el desasosiego de un hijo que sabe que su madre está en alguna parte, que se mueve y habla y consuela, y su afán por encontrar una placidez extraviada.

Deseé de veras que aquel hijo pudiese hacerse cargo de su recién recuperado pasado y, a Lola la Pelos, que disfrutase con toda el alma de sus memorias perdidas. Sentí una picazón de nostalgia anticipada: iba a echar de menos el desaliño de sus harapientas ropas, el mugriento gorrito que intentaba, sin éxito, contener su mata de cabellos canosos, y el agradecimiento sin límites por mis pequeños cuidados.

Antes de acostarme me echo el último pitillito asomada a la ventana, una costumbre que se me ha quedado de mi convivencia con Luis, que, como buen exfumador, aborrecía el más mínimo olor a humo. Fue la noche siguiente al día en que Lola la Pelos me confiara la súbita aparición. Un alboroto llamó mi atención hacia la acera del portal. Me quedé atónita: tres hombres estaban moliendo a palos a Lola, que, hecha un ovillo delante de la cristalería, apenas tenía ya fuerzas para gemir. La violencia de aquellas bestias era espeluznante: cubiertos con pasamontañas y con chupas y botas negras, descargaban sin piedad golpes de una contundencia que parecía sobrehumana. Algo brilló por efecto de la luz de las farolas; eso fue lo que me sacó de mi estupor.

—¡Pero qué hacéis, hijos de puta!

Se quedaron paralizados, como en una instantánea del horror. El que

llevaba la navaja hizo un rápido movimiento. Mis ojos, fijos en el acero mortal, advertieron que alrededor de la muñeca llevaba una gruesa cadena de la que colgaba una siniestra calavera dorada. Grité y me giré para llamar a la policía. Mientras pedía, entre jadeos ansiosos, que, por favor, mandasen una ambulancia con urgencia, sabía que esta llegaría tarde.

En efecto, cuando bajé todo había terminado. La calle estaba desierta. Me arrodillé junto a Lola, pero no quise tocarla; para qué. Enseguida sonaron las sirenas. Por mi declaración, la policía dedujo que la mala suerte le había tocado esa noche a Lola, pero podía haberle caído a cualquier otro vagabundo: a los *skins* lo mismo les da uno que otro, siempre que estén solos y lo suficientemente borrachos como para no poder defenderse.

A la mañana siguiente no fui a trabajar. Hervía la rabia dentro de mí, una pira que habría consumido el edificio entero si hubiera sido capaz de materializarse. De nuevo, el destino, con una crueldad espantosa, desgarraba de un zarpazo una vida que acababa de cambiar el rumbo, que se abría a la esperanza. No podía dejar de pensar en que si el hijo hubiera aparecido antes, el corazón de Lola seguiría entre nosotros. Qué tremenda engañifa es la existencia, qué ruindad esconde tras cada recodo.

Decidí llamar al Instituto Anatómico Forense para saber dónde enterrarían a Lola. A fin de cuentas, era la única persona que, en los últimos tiempos, había sido algo más que una presencia indiferente en los acontecimientos de mi vida, una especie de amiga, o algo así. Sentía que debía despedirme con más sosiego. Me dieron el teléfono de la funeraria que se iba a hacer cargo del cuerpo de Lola. Tras unos timbrazos, una voz amable me indicó la fecha y el lugar del entierro.

Me sorprendió que hubiese tanta gente. Supuse que la familia se habría enterado de algún modo. Un hombre maduro, impecablemente vestido, arrojó un puñado de tierra al suntuoso ataúd. Después de todo, los orígenes de Lola sí estaban impregnados con el color del dinero. Me alegró que, a pesar de cómo se hubo desarrollado la vida de Lola, el marido decidiese darle una sepultura tan dispendiosa. Se le acercó un joven de pelo

rasurado, visiblemente compungido. El hombre le rodeó con el brazo: aquel era el hijo tan tardío, tan traicionado. Un sollozo le descompuso la cara, pero al llevarse las manos al rostro para ocultar su dolor, en su muñeca comenzó a balancearse el rostro sardónico de la muerte, la dorada efigie de una sonrisa desnuda y eterna. A su lado, los dos amigos, tan rapados como él, amagaban unos gestos de consuelo hipócrita: su compinche no tardaría mucho en heredar.